

Continuaron así los acaecimientos que se fueron sucediendo unos á otros en el reinado de Carlos IX, príncipe inexperto y de escaso talento para vencer las circunstancias difíciles de la patria, y durante el gobierno de Enrique III, que bien puede llamarse de vacilaciones, todas ventajosas para los herejes. Y todo esto á pesar de las victorias gloriosas obtenidas por los católicos, quienes peleaban heroicamente, guiados por caudillos tan píos y valerosos como los Duques de Guisa, campeones de la causa de la verdad y de la Iglesia. Al mismo tiempo el famoso Antonio de Navarra huía hasta de su esposa por ser disidente renegada, y se entregaba por completo á la defensa de la religión católica, muriendo por ella de heridas gravísimas recibidas en la ciudad de Rouen. El año 1563 fué ajustado el convenio de Amboise, el cual concedía el ejercicio libre de su erróneo culto á los principales y la nobleza de los protestantes, á sus vasallos, á las ciudades donde estuviese establecido; y finalmente, construir iglesias reformadas, una por cada distrito. El cual tratado no dió satisfacción ni contentó á ninguno de los partidos. Y así, poco más ó menos, continuaron las guerras religiosas de Francia, y tuvo lugar la dolorosa y sangrienta noche de San Bartolomé, en que fueron acuchillados unos mil hugonotes y otros tantos en las provincias, perdiendo también la vida muchísimos católicos. A todo lo cual siguió la paz religiosa de *Beaulieu*, hasta formarse la famosa *Liga ó Santa Alianza*, tan favorecida y apoyada por nuestro Prudente Monarca y la política española, con los demás sucesos memorables, tristes y siempre deplorables<sup>1</sup>. Tras todo ello apareció combatiendo en pró del error calvinista

sus exigencias, asesinaron á varios sacerdotes en los arrabales de París y en algunos puntos, especialmente del Mediodía de Francia; cometieron irritantes atropellos contra los católicos; profanaron y destruyeron los sepulcros y las iglesias, sin respetar la Sagrada Eucaristía; obligaron á los católicos á asistir á sus sermones; mutilaron y asesinaron á muchos individuos asimismo católicos tanto eclesiásticos como seglares, ejecutando actos tan vergonzosos con anuencia de sus consistorios y predicadores. Esto hizo abrir los ojos á los católicos, que comprendieron lo que les esperaba si permanecían inactivos: los innovadores no querían tolerancia de cultos, sino la total extirpación del catolicismo.» Item, *ibid.*

<sup>1</sup> «Los sectarios, dice el alemán Hergenröther, quemaron también

## II.

## ENRIQUE DE NAVARRA.

Desde el reinado de Carlos IX, el Almirante Coligni, jefe tenaz de los sectarios, condenado á pena capital por el Parlamento, había allanado caminos al disidente hugonote Enrique, Príncipe de Navarra, para poderse encumbrar un día al trono de Francia. Procuró ya con grande celo, digno de mejor causa, allá por los años 1571, que fuese declarada la guerra á España, favorecedora continua de la *Liga Católica* acaudillada por los Guisas; separar á éstos de la Corte y de la influencia real; dispensar apoyo á los rebeldes heréticos de los Países Bajos contra el Monarca Prudente D. Felipe II; hacer alianza con aquella impía, cruel y despiadada mujer Isabel de Inglaterra, y, finalmente, como garantía y prenda de paz interior, casar á Enrique con la hermana del Rey, Margarita de Valois. El Papa San Pío V no creyó procedente ni oportuno conceder la dispensa para tal matrimonio; pero á la Santidad de Gregorio XIII pareció mejor acceder á tal dispensa, aunque imponiendo condiciones que jamás se cumplieron. Las bodas fueron celebradas en París, á 18 de Agosto de 1572. Los proyectos y planes

gran número de reliquias, como las de San Ireneo, San Hilario y Santa Radegunda, y aventaron sus cenizas; destruyeron soberbias catedrales y asesinaron á muchos sacerdotes eminentes, sin que se viese el medio de hacer expiar tantos crímenes.... Los hugonotes, lejos de hacer la convenida entrega de varias fortalezas, levantaron otras nuevas, se incautaron de poblaciones católicas enteras, cometiendo inhumanos atropellos en sus habitantes, y ajustaron convenios con los protestantes de Alemania, de los Países Bajos y de Inglaterra....» Item, *ibid.*, pág. 271. Acerca de las ruinas y profanaciones de templos y reliquias, véase á Raynard, ad an. 1562, y las protestas de la Universidad de París contra la Amnistía y demás contemporalizaciones con los herejes y el error, en Du Plessis d'Arg., I, c.; y sobre la hecatombe espantosa de Nimes, en que perecieron 400 católicos, día 29 de Septiembre de 1567, trata Me-nard en su *Histoire de la Ville de Nimes*, t. X, pág. 16.

de Coligni en favor del error y los hugonotes no pudieron ser llevados á realidad completa por haberse atravesado la matanza de la *Saint Barthelemy*<sup>1</sup>.

Y aunque tan cruento suceso cortó los vuelos y las fuerzas de la gente sectaria luterana, pero no fué causa bastante para impedir que se hiciesen fuertes los hugonotes en la Rochela, donde el Duque Enrique de Anjou los tuvo sitiados por espacio de seis meses sin poder tomar sus fortalezas. También se formó entonces, como suele acaecer en análogas circunstancias, un partido intermediario, conciliador, que llamaron de los Políticos, especie de liberales moderados, ó conservadores á la moderna, para poner alianzas y falsa paz entre los católicos ó inmensa mayoría del pueblo intransigente, y el bando herético de los hugonotes. Y en esto hasta el mismo D. Modesto de Lafuente, historiador liberal y muy respetado de sus amigos, da imparcial testimonio diciendo: «La quinta paz celebrada entre católicos y hugonotes (Mayo de 1576) llamada la paz de *Mon-*

<sup>1</sup> El muy erudito catedrático de la Universidad de Madrid, D. Vicente de la Fuente, en su curioso libro *La Pluralidad de cultos*, escribió sobre la famosa y deplorable matanza de hugonotes en París esto que sigue: «Los protestantes, los impíos y policultistas citan á cada paso la *Saint Barthelemy de Paris*, nombre que dan á la matanza de protestantes franceses en la noche de San Bartolomé, ó sea el 24 de Agosto de 1572; pero se guardan bien de hablar de la *Saint Barthelemy bearnesa*, en que el protestante Montgomery, con el beneplácito de Juana Labrit, d'Albret, madre de Enrique de Bearne, que después se apellidó Enrique IV de Francia, mujer taimada y pertinazmente calvinista, pasó á degüello con gran perfidia un gran número de caballeros católicos bearneses, contra la fe de los tratados. Juana Labrit autorizó también la horrible carnicería de curas y religiosos que se hizo en Orthez, en tal número, que corriendo la sangre hasta el río Gave, parecía éste un río de sangre. Una historia antigua de Navarra, hablando de la matanza de católicos el día de San Bartolomé en Pau, dice así: «Estas noticias exasperaron en extremo al Rey Carlos de Francia, que desde entonces concibió el proyecto de hacer un segundo *Saint Barthelemy* en expiación del primero.» Y en otra parte: «Acordábase aún de los caballeros asesinados en Bearne á sangre fría por Montgomery, el cual se paseaba jactanciosamente por París. Todas estas cosas hicieron al Rey resolverse á ejecutar un castigo sangriento.» *La Pluralidad de cultos*, por D. Vicente de la Fuente, pág. 423; Madrid, 1865.

*sieur*, paz vergonzosa para el Rey Enrique III, puesto que un puñado de hombres, que esto eran los protestantes al lado de la gran mayoría católica de aquel reino, quedaba dueño de una porción de ciudades y había obtenido la libertad del culto reformado, produjo por una natural reacción la liga de los católicos, que se confederaron bajo juramento para defender la unidad religiosa.» La *Liga Católica*, según fué ya visto, quedó formada, y al frente de ella los nobilísimos Duques de Guisa: pero sus esfuerzos y heroicidades se estrellaron contra los vicios, la indiferencia, y las bajezas de la Corte y del monarca Enrique III<sup>1</sup>.

Todo lo cual no impidió tampoco al mismo Rey Enrique constituirse Jefe nato, propio y principal de la *Liga*; con mas de que en la Asamblea de Blois año 1577 fué declarada única religión del Estado la Católica Romana. Pero así y todo, sobrevino nueva guerra, y nueva paz, la de Verac, 1579, por donde los calvinistas lograron muy grandes concesiones favorables á su partido heterodoxo. Continuaban y combatían siempre al frente de los hugonotes Enrique de Navarra y el Príncipe de Condé empeñados en hacerse dueños de los poderes públicos, matar la *Liga* ó *Santa Alianza* de los católicos, y la influencia política

<sup>1</sup> *Historia de España*, por D. Modesto de Lafuente: volumen III pág. 154; Barcelona 1883.. No soy yo, ni pluma alguna de las hoy llamadas intransigentes, sino el susodicho D. Modesto de Lafuente quien hablando de Enrique III de Francia escribió: «Su vida disipada, su palacio corrompido, sus afeminados placeres y entretenimientos, su afectación ridícula de devoción en las procesiones en que hacía papeles impropios de su dignidad para volver á profanar aquellas santas ceremonias con las voluptuosidades de un libertino; sus exacciones al pueblo á quien empobrecía y esquilma para multiplicar sus impuros deleites; sus damas, sus mancebos y sus perros de caza; su carácter débil, irresoluto y cobarde todo contribuía á hacerle aborrecible al pueblo católico...» *Item; ibid.* ¿Qué podían, pues, los católicos franceses y su gran partido esperar de tales Monarcas, esclavos del vicio, enemigos prácticos de Dios y de la Iglesia? ¿Ni cómo podía nuestro Rey Prudente D. Felipe abandonar allí la causa de la verdad cristiana, que era la causa del orden público en Europa entera? Ciertamente, que en el prestarle apoyo con armas y dinero, mostró no sólo su amor acendrado á la Iglesia de Dios, sino talentos y mirada universal de gran político.

de España, que sin cesar procuraba para la buena causa armas y dinero. En medio de tantos y tan difíciles acaecimientos, murió en 1584 Francisco de Alençon, último hermano del Rey Enrique III; y hallándose éste sin hijos, que le sucedieran, avivóse mucho más la llama del deseo por parte de Enrique de Navarra á empuñar el cetro de la nación francesa; redobláronse los esfuerzos del bando herético-calvinista en apoyarle, y crecieron los temores de los católicos de verse un día no lejano mandados y gobernados por príncipe calvinista, y de consiguiente, opresor de nuestra Santa Madre la Iglesia de Dios. Por eso mismo, y desde luego, el Cardenal de Borbón, tío de Enrique de Navarra, se presentó al mundo, empujado por los Guisas y la causa católica, como primer vástago de Sangre Real con derechos á la corona, quedando así en pie la lucha de sucesión al trono de San Luis, entre el tío católico y cardenal, y el sobrino disidente y calvinista. Los coaligados entretanto alcanzaron ventajas en el convenio de *Nemours*, por el cual Enrique III les concedió protección, dineros y plazas fuertes, retiró privilegios á los calvinistas y condenó al destierro á cuantos rehusasen tornar al seno de la verdadera y antigua religión de Francia <sup>1</sup>.

Después de todo lo dicho, acaudillados los *hugonotes* por Enrique de Navarra, pelearon desesperadamente ganando la batalla de *Coutras* en 20 de Octubre de 1587; pero los católicos obtu-

<sup>1</sup> Sin duda en Roma, donde se mira desde muy alto, no vieron las cosas tan fáciles y llanas como las veía la Liga y el Rey de España que, como se dijo, sin cesar la amparaba y defendía. Porque según el sabio cardenal é historiador moderno Hergenröther, «la Liga hizo grandes esfuerzos para lograr del Papa una Bula confirmando todos sus actos; mas Gregorio XIII, á pesar de su ardiente celo por la integridad de la fe católica y de sus deseos de agradar á los Guisas, no creyó oportuno acceder á tal pretensión; y Sixto V, no obstante la mediación de España en favor de la Liga, rechazó también la petición y hasta reprendió á los católicos que se levantaron en armas contra la voluntad de su Rey. Sin embargo, temeroso de que se quebrantase la unidad católica en Francia, expidió la Constitución del 9 de Setiembre de 1585 en la que se declaraba excomulgados, como herejes públicos, al Rey de Navarra y al Príncipe de Condé y, en su consencuencia, con arreglo al derecho antiguo, reconocido universalmente en Francia, los declaró excluidos del trono de esta nación » *Item, ibid.*, pág. 279.

vieron mayores ventajas, gracias al valor y acertada dirección de los Guisas, derrotando las tropas alemanas protestantes venidas en apoyo de los calvinistas y tomando, sin apenas pelear, las plazas importantes de Toul, Lyon, Orleans y Bourges. Enrique III entretanto sin norte político, ni tampoco ideas fijas en religión, expidió primero en favor de la *Liga* el célebre *edicto de Rouen*, 19 de Julio 1588, privando con él á los Príncipes protestantes del derecho al trono de Francia; pero muy pronto se apartó de la *Liga*, y por la espalda mandó asesinar en Blois al valeroso y cristianísimo Duque Enrique de Guisa y á su celebrado y sabio hermano el Cardenal Arzobispo de Lyon, sucumbiendo entrámbos al golpe vil de un puñal aleve y traidor. Corría entonces el año de 1588. Los católicos de Francia y del universo mundo cristiano quedaron horrorizados con el doble asesinato: por todas partes se pedía venganza y favor á la justicia. El Papa Sixto V, que amaba al Duque y le tenía por otro Judas Macabeo, «pidió al Rey cuenta de su criminal perfidia, y en particular del asesinato de un Príncipe de la Iglesia, en el Monitorio Pontificio del 23 de Junio de 1589. La Sorbona emitió su informe declarando lícito el acto de negar al Rey la obediencia,» y la Ciudad de París se presentó imponente y en actitud de resistir <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Hergenrother: *Historia de la Iglesia: item; ibid;* y D. Modesto de Lafuente en su antes citada obra, tratando este punto, se expresa así: «Enrique III, á quien había faltado valor para hacer frente al de Guisa, tuvo sobrada avilantez para hacerle asesinar alevosamente en su mismo palacio de Blois, donde había sido convocado el Parlamento. Nueve avisos tuvo el príncipe lorenés de lo que contra él se tramaba, y no quiso creer tanta perfidia, hasta que sintió en su garganta la cuchilla de los sicarios del Rey, 23 de Diciembre de 1588. Aquel envilecido Monarca salió á contemplar el cadáver, y dándole con la punta del pié, exclamó: ¡Dios mío, qué grande es! ¡Parece más grande muerto que vivo! Y no contento con esto, hizo asesinar también, casi á su presencia, al Cardenal hermano del Duque. Fué después á saludar á su madre Catalina, que se hallaba enferma, y como le dijese que estaba algo aliviada,— *Yo también: dijo Enrique, me siento mucho mejor, porque esta mañana he vuelto á ser Rey de Francia habiendo hecho morir al bello Rey de Paris.*— Hasta ahora has *cortado* bien, le dijo aquella mujer maquiávelica: ahora te resta coser: *vous avez bien taillé, mais il faut bien coudre maintenant.*